

LOS CUENTOS DE MARÍA MARTÍNEZ DEL PORTAL

JOSÉ MANUEL VIDAL ORTUÑO

Resumen:

Este trabajo es una aproximación a los cuentos de María Martínez del Portal, autora bien conocida en el mundo de la crítica literaria, especialista sobre todo en la obra de Azorín. Dichos cuentos fueron escritos en dos etapas distantes entre sí –años sesenta y ochenta del pasado siglo– y estaban en consonancia con las modas literarias de cada momento. Fueron publicados en revistas murcianas como *Monteagudo*, *Montearabí* e incluso en los *Programas de las Fiestas de la Virgen*, de Yecla. El estudio viene a completar la nómina de importantes cuentistas que la Región de Murcia posee.

Palabras clave:

Martínez del Portal, cuento, Murcia, Yecla, Monteagudo, Montearabí.

Abstract:

This work is an approach to the stories of María Martínez del Portal, a well-known author in the world of literary criticism, a specialist, mainly, in the work of Azorín. These stories were written in two stages distant from one another – in the 1960s and the 1980s - and were in line with the literary fashions of the moment. They were published in Murcia magazines such as *Monteagudo*, *Montearabí* and even in the *Programas de las Fiestas de la Virgen* (Programs of the Feasts of the Virgin), of Yecla. The study complements the list of important storytellers in the Region of Murcia.

Keywords:

Martínez del Portal, short story, Murcia, Yecla, Monteagudo, Montearabí.

María Martínez del Portal (Yecla, 1930-2015) es conocida, sobre todo, por sus trabajos de crítica literaria, especialmente aquellos que giran en torno al escritor José Martínez Ruiz. Y ahí está, como una de sus mejores muestras, la magnífica edición de la novela *La voluntad*¹. Sin embargo, había en ella una faceta quizás poco conocida, pero no menos valiosa: la de escritora de cuentos. El que no fuera una dedicación sostenida y constante a lo largo del tiempo ha ocasionado, quizás, que Martínez del Portal no figure entre los cuentistas murcianos en las dos historias de nuestra literatura regional que, hoy por hoy, tenemos: ni en la de Díez de Revenga y Mariano de Paco² ni en la de Santiago Delgado³. Por el contrario, sí que figura en la *Antología de cuentos de Monteagudo*, que, en 1994, preparó con todo esmero el profesor Francisco Javier Díez de Revenga⁴; en esta, María Martínez del Portal convive con reconocidos narradores de la segunda mitad del siglo XX, tanto del ámbito murciano (Francisco Alemán Sainz, Asensio Sáez, Dionisia García), como más allá del mismo (Medardo Fraile, Lauro Olmo, Antonio Prieto).

En el presente trabajo me voy a centrar en una decena de textos que pueden dar cumplida cuenta del quehacer literario de Martínez del Portal como cuentista. Quedarían fuera, de momento, unos pocos relatos que aún se hallan perdidos en los fondos de las hemerotecas y, por supuesto, aquellos otros que la autora dejara inéditos; de ahí que este trabajo tenga, todavía, un cierto aire de provisionalidad.

Así las cosas, los cuentos en que me baso fueron escritos por María Martínez del Portal en dos etapas muy distantes entre sí del pasado siglo XX, con casi veinticinco años de diferencia: a principios de los años 60, los primeros, y en la década de los años 80, los demás. La primera etapa, digamos, está vinculada principalmente a la revista *Monteagudo*, de la Universidad de Murcia, y al magisterio de Mariano Baquero Goyanes; la segunda, a la revista *Montearabí*, del Ateneo Literario de Yecla, dirigida durante más de veinte años por Cecilia Belchí Arévalo. Las causas de ese dilatado silencio entre ambas etapas habría que buscarlas en las propias palabras de María Martínez del Portal, en una de las hoy llamadas autopoéticas, donde la autora nos advierte que su dedicación, de manera casi exclusiva, se centra en la crítica literaria, pero que «por romper con el rigor que esta disciplina encierra escribe, de tarde en tarde, narraciones»⁵.

¹ J. Martínez Ruiz, *La voluntad*, ed. de María Martínez del Portal, Madrid, Cátedra, 1997.

² Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, *Historia de la literatura murciana*, Universidad de Murcia / Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1989.

³ Santiago Delgado, *Literatura en la Región de Murcia*, Murcia, Consejería de Cultura y Educación de la Región de Murcia, 1998.

⁴ Francisco J. Díez de Revenga (ed.), *Antología de cuentos de Monteagudo*, Murcia, Universidad de Murcia, 1994, págs. 131-133.

⁵ AA. VV., *Narradores yeclanos*, ed. de M. Martínez del Portal, Yecla, Ateneo Literario, 1988, pág. 78.

Los cuentos de los años 60

El primer cuento de María Martínez del Portal del que tengo noticia es *Y después, nada*. Se publicó en el número 30 de la revista *Monteagudo*, en 1960, aunque es posible que fuera escrito antes de esa fecha. Nos narra el accidente de un autobús y las vidas que con el mismo han quedado truncadas; vidas que el narrador testigo –y junto a él, los lectores– irá conociendo mediante la técnica tradicional del manuscrito encontrado: unas cuartillas, «sobre la nieve», que minutos antes del siniestro iba escribiendo una viajera, convertida así en segunda narradora. Esta se había ido fijando, sucesivamente, en las figuras de un seminarista, de un estudiante, de una mujer que viajaba con su hijo pequeño, de un labriego. Se trata, pues, de un cuento que, en cierto modo, nos presenta a un personaje colectivo, aunque las vidas que aquí se exponen están vistas e imaginadas a través de los ojos de una muchacha que escribe. Algo que, inevitablemente, nos ha de traer el recuerdo de *Trayecto uno* (1953), aquella entrañable novela corta de Elena Quiroga⁶.

Aparte de Elena Quiroga, me interesaría destacar dos claras influencias que hay en *Y después, nada*: son la de Gabriel Miró y la de José Luis Castillo-Puche. La pista sobre Gabriel Miró nos la ofrece la propia autora, con la cita inicial que preside el cuento; dice así: «... me dijo de repente: Nosotros tan tranquilos, y dentro de nosotros está siempre el esqueleto nuestro, nuestro muerto»⁷. Texto que está extraído del cuento «*El Sicilia*» (*El ángel, el molino, el caracol del faro*, 1921). Y es el relato de un naufragio real, el del Sicilia que da título al relato, y de las vidas que se llevó por delante, de los cadáveres que van arribando, poco a poco, a las costas de un faro, donde se ha improvisado un cementerio marino. Vidas rotas que el autor deja ahí, con sutiles y parcas pinceladas, para que el lector pueda completarlas con la ayuda de su imaginación.

La otra influencia que se da en este cuento podría venir del escritor yeclano José Luis Castillo-Puche y la podemos apreciar en las numerosas referencias a la muerte que, de manera simbólica, van salpicando este estremecedor relato de María Martínez del Portal. Influencia más que probable, habida cuenta de que, en 1959, la escritora publicó en el número 27 de *Monteagudo* un trabajo titulado «Yecla en Azorín, Baroja y Castillo Puche». En él, señalaba que lo más llamativo de la Hécula catillopucheana es «la presencia de la muerte», incluso en el paisaje, que «con sus rasgos ha ido vistiéndose»⁸. Y lo mismo advertimos en el relato *Y después, nada*. La muerte la presiente enseguida la segunda narradora al subir al autobús, cuya forma, por dentro, le «recordaba la del nicho, la de un gigantesco nicho». La avisa, como

⁶ Véase José Manuel Vidal Ortuño, «*Trayecto uno*, novela corta de Elena Quiroga», Montearabí, núm. 36, Yecla, 2006, págs. 63-76.

⁷ María Martínez del Portal, «Y después, nada», *Monteagudo*, núm. 30, Murcia, 1960, pág. 18.

⁸ María Martínez del Portal, «Yecla en Azorín, Baroja y Castillo Puche», *Monteagudo*, núm. 27, Murcia, 1957, pág. 11.

premonición, un demenciado personaje en el mismo andén («¡Idiotas! Esperáis a la muerte. Esperáis a vuestro propio entierro»). Lo ve la narradora –y es solo un ejemplo, entre muchos– en el paisaje que atisba a través de la ventanilla en ese pálido amanecer «hecho de sudarios blancos, de tintes lívidos»; o en esas cepas que semejan «agarrotadas y quiméricas manos de unos seres que, desde un más allá, reclaman atroz venganza»⁹.

Nos encontramos, pues, ante un cuento lleno de influencias, de guiños literarios. Incluso por la presencia en la narración –en parte del cuento, no en todo– de lo que se ha denominado el *yo femenino*, algo casi nuevo en nuestras letras por aquel entonces, como bien intuyeron algunos críticos¹⁰, que irrumpió en la inmediata posguerra con *Nada* (1944), de Carmen Laforet, y a lo que tan atinadas palabras ha dedicado la estudiosa Biruté Ciplijauskaitė¹¹ (2004). Ese *yo femenino* dota al relato de subjetividad, de lirismo, haciendo que surja un mundo interior sensible, propio de quien mira al mundo que le rodea con ojos asombrados.

Otro cuento de esta primera etapa es *La trilladora*, de 1960. El relato describe muy bien el tono social que predominó en la literatura española durante los años 50, aunque aquí los conflictos de clase, entre el campesinado y la burguesía, más el recuerdo de la Guerra Civil, están vistos a través de la mirada ingenua de una niña. Componen el argumento las rencillas, los fantasmas del pasado que de repente despiertan, cobran vida, con la llegada a un campo de un moderno artefacto, una trilladora. De esta manera, quedan evocados en el relato personajes como la tía María Antonia, que se acuerda de los tiempos «nefastos» en los cuales la finca familiar pasó a ser «propiedad del partido»; otros como los jornaleros del campo que, entre dientes, hablan de «progreso, expropiación, ricos, pobres, Pirenaica»¹². Y hay también eso que ha dado en llamarse la tercera España, representada por el tío Miguel, culto e ilustrado, quien ansía una reconciliación entre vencedores y vencidos a todas luces imposible. Aunque, como he dicho antes, todo está contado con la ingenuidad de los niños, desde un punto de vista infantil, obligando a que el lector tenga que sacar por sí mismo sus propias conclusiones. Hay en este relato de María Martínez del Portal algo de los cuentos de Ignacio Aldecoa, de Medardo Fraile o de Ana

⁹ María Martínez del Portal, «Y después, nada», cit., págs. 20-22.

¹⁰ José María Martínez Cachero recogió testimonios del tipo «asombra lo nuevo del clima en que la obra se desenvuelve», que aparecía en la nota informativo-crítica del fallo de esta primera convocatoria del Premio Nadal (*La novela española entre 1936 y 1980*, Madrid, Castalia, 1986, pág. 139), mientras que Eugenio G. de Nora habló de «sensibilidad nueva» (*La novela española contemporánea*, vol. III, Madrid, Gredos, 1973, pág. 103).

¹¹ Biruté Ciplijauskaitė, *La construcción del yo femenino en la literatura*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2004.

¹² María Martínez del Portal, «La trilladora», *Monteagudo*, núm. 32, Murcia, págs. 28-30. Se reproduce de nuevo en *Antología de cuentos de Monteagudo*, ed. de Francisco Javier Díez de Revenga, Murcia, Universidad de Murcia, 1994, págs. 131-133.

María Matute, por su focalización infantil; no en vano todos ellos son autores a los que la crítica bautizó con el poético marbete de *los niños de la guerra*.

En 1961, María Martínez del Portal ganó el prestigioso concurso de cuentos «Gabriel Miró» con el relato titulado *Me acuerdo*¹³. Al mismo, el crítico Andrés Amorós le dedicó, muchos años después, unas atinadas palabras, hablando de «memoria-sensación proustiana» y del tono lírico que impregna toda la narración¹⁴. Lo que bellamente se evoca en este cuento es el ritual que rodea a la muerte en un pueblo innominado, visto a través de los ojos inteligentes de una niña, tímida y apartadiza, llamada Társila. El nombre de la protagonista no es casual y debe entenderse como un *alter ego* de la autora, ya que la festividad de Santa Társila se celebra el 24 de diciembre, fecha de nacimiento de María Martínez del Portal –y, como santo del día, uno de sus nombres–. La presencia de Társila en otros textos, de forma explícita (*Emilio, niño triste*, que veremos más adelante) o tácita (*La trilladora*) nos permitirá hablar de un ciclo de cuentos, rescoldos tal vez de un libro que se quedó en ciernes.

Me acuerdo es, por un lado, la rememoración de un tiempo pasado, cuyo involuntario evocador es una figura que anuncia muerte, que pregona entierros; figura que recogen tanto Azorín, en *La voluntad* (1902) o *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904), como Castillo-Puche en su novela *Con la muerte al hombro* (1954), en esta novela bajo el nombre del *convocaor*. Por otro, el relato es una dura crítica a la hipocresía social que, a veces, impregna todo lo relacionado con la muerte: velatorios, pésames, sepelios, rezos... La narradora, ya adulta, rememora con nostalgia ese tiempo pasado, mientras que el presente se cuele en el relato mediante frases parentéticas y letra en cursiva, ejerciendo una especie de contrapunto entre el hoy y el ayer; una técnica que utilizó magistralmente Elena Quiroga en su novela *Tristura*, de 1960¹⁵. Un relato donde la melancolía por el paso del tiempo lo inunda todo, como en este lírico final: «Pregón y figuras han pasado... Han pasado. Sin embargo, yo me acuerdo. Me acuerdo»¹⁶.

Los cuentos de los años 80

En 1986, la actividad de María M. del Portal como cuentista cobra nuevo impulso al calor del recién creado Ateneo Literario de Yecla, publicando algunos relatos en la revista *Montearabí*. De ese año, justamente, es *Emilio, niño triste*, un cuento escrito para conmemorar el 50 aniversario del comienzo de la Guerra Civil

¹³ María Martínez del Portal, «Me acuerdo», *1960-1996: Premios Gabriel Miró*, pról. de Andrés Amorós, Murcia, CAM, 1996, págs. 50-54.

¹⁴ Andrés Amorós, «Introducción» a *1960-1996: Premios Gabriel Miró*, Murcia, cit., págs. 16-27.

¹⁵ Darío Villanueva, «Introducción» a Elena Quiroga, *Novelas*, vol. II, Madrid, Biblioteca Castro, 2011, págs. XI-XXVIII.

¹⁶ María Martínez del Portal, «Me acuerdo», *1960-1996: Premios Gabriel Miró*, cit., pág. 54.

española. Este es el que mejor permite hablar de la generación llamada los niños de la guerra, a la que sin lugar a dudas perteneció la autora –por edad y por circunstancias vitales– y a la que Josefina Rodríguez dedicó una antología precedida por un bello prólogo. Según la viuda de Ignacio Aldecoa, la de estos escritores fue «una infancia de un niño que se ve arrojado a una guerra»¹⁷. Una guerra y la consecuente posguerra, dos duras realidades que aparecen perfectamente reflejadas en *Emilio, niño triste*, el cuento de María Martínez del Portal que ahora nos ocupa.

La narradora de este relato es Társila de nuevo, una Társila ya adulta –como ocurría en *Me acuerdo*– quien, ante un silente narratario (Emilio), va desgranando unas duras vivencias del pasado. Así pues, desde 1986 (tiempo presente) se evocan unos hechos que se sitúan en marzo de 1939, pocos días antes del final de la guerra. La perspectiva infantil hace, una vez más, que los odios y los rencores de los adultos, que han llevado a este enfrentamiento fratricida, no sean del todo entendidos por los más pequeños («¿Qué es fascista? ¿Qué es rojo?»¹⁸). Se recuerdan, asimismo, los miedos ante las posibles detenciones, las banderitas azules y rojas sobre un mapa de España, los familiares apiñados en torno a una radio, el temor ante lo que vendría después... La calle, con sus conventos calcinados, pasaba a ser sin embargo lugar de aventuras y correrías para los más pequeños. No es de extrañar, por tanto, que el poeta Jaime Gil de Biedma, otro niño de la guerra, llegara a afirmar, en uno de sus poemas más célebres, que aquellos «fueron, posiblemente, / los años más felices de mi vida»¹⁹. Lo que trajo la posguerra –himnos, sotanas, cárcel, represión– no fue nada halagüeño para los protagonistas de este cuento de Martínez del Portal, que se convirtieron en «niños asustadizos, apartados, tristes».

Por tanto, si organizásemos cronológicamente el *ciclo Társila*, sin lugar a dudas *Emilio, niño triste* sería el primer relato, ya que refleja la guerra en sí. En la posguerra –en virtud de la edad de su protagonista y de ciertas alusiones temporales– quedarían ubicados tanto *Me acuerdo* (más inclinado al costumbrismo) como *La trilladora* (más social, en tanto que se perciben aún las heridas abiertas por el conflicto bélico). Cuentos que, según he dicho anteriormente, quizás pudieron albergar en la mente de la autora la idea de formar con ellos un libro.

Distinto es –en el contenido y en la forma– *Monólogo de un opositor*, publicado en el volumen colectivo *Narradores yeclanos* en 1988. No obstante, según palabras de la autora, este relato fue escrito «hace años», mientras que la dedicatoria del mismo permite fijar, de forma aproximada, la fecha de su escritura: «A Cecilia, que vivió y sufrió las oposiciones de los años 60»²⁰. A priori, dos influencias se perciben o, al menos, dos influencias que yo quisiera destacar: la de Gabriel Miró, de nuevo,

¹⁷ Josefina Rodríguez (ed.), *Los niños de la guerra*, Madrid, Anaya, 1983, pág. 12.

¹⁸ María Martínez del Portal, «Emilio, niño triste», *Montearabí*, núm. 1, Yecla, 1986, pág. 63.

¹⁹ Jaime Gil de Biedma, *Las personas del verbo*, Barcelona, Seix Barral, 1990, pág. 122.

²⁰ María Martínez del Portal, «Monólogo de un opositor», *Narradores Yeclanos*, cit., págs. 79.

y la de Luis Martín-Santos. La de Miró nos llevaría a pensar en «El señor de Escalona», cuento incluido en *Libro de Sigüenza* (1917); en él, como se recordará, aparece un opositor a la judicatura –el mismo Sigüenza–, quien no quiere opositar evocando aquellas bíblicas palabras de «los lirios del campo no hilan ni trabajan, y que las pajaricas del cielo no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes»²¹. En el cuento de María M. del Portal es un aspirante a cátedras de instituto el que no se ve capaz de abandonar sus sueños, bien perceptibles en las palabras del padre, quien por contraste sostiene que campo y escritura son cosas bonitas, pero que «francamente no dan dinero». Así pues, se contraponen, a lo largo del relato, un mundo de ideales y un mundo burgués, como en estas otras palabras de Marta, la novia: «Sí, Antonio, es necesario que oposites. Tiene razón tu padre. Debes firmarlas, debes hacerlas, debes sacar plaza. El día de mañana quiero salir de esta tierra. No, no me mires tan lleno de extrañeza. Vendrán hijos y...».

La otra influencia tiene que ver con la fascinación que debió ejercer en los lectores de los años sesenta la novela *Tiempo de silencio* (1962), de Luis Martín-Santos, la cual se deja sentir en el estilo del relato de María Martínez del Portal. El uso del monólogo interior y la polifonía de voces narrativas hacen de este cuento un texto realmente innovador, con un fraseo entrecortado, a veces nominal, con predominio de la yuxtaposición, con cambios puntuales de la primera a la segunda persona del singular, anunciadores del desdoblamiento del personaje; todo ello da como resultado una prosa rápida, acelerada, que refleja a la perfección –y son palabras de la autora– «el desasosiego y nerviosismo de todo opositor»²².

Y otros textos...

Quedarían por analizar ciertos textos –que no siempre llegan a ser, en puridad, cuentos–, los cuales se van alejando poco a poco del mundo de la ficción para adentrarse cada vez más en los entresijos de la memoria. En esta consideración resulta importante no solo el contenido de los mismos, sino también los lugares donde estos aparecieron publicados. Lugares que constituyen un contexto, capaz de desentrañar significados en clave que, lejos de esas páginas, resultarían extraños para el lector no habituado a los mismos.

Sin embargo, cuentos bien logrados son tanto *Esperando a la procesión* (1961) como *Una calle en vísperas de fiesta* (1962), que se publicaron en los respectivos *Programas de las Fiestas de Virgen*, de Yecla. El primero, con una estructura casi teatral, nos presenta a una pareja de ancianos, Antonio y Concha, que están esperando a que pase la procesión del 8 de diciembre en un salón de su espaciosa y solitaria casa. Digo estructura teatral, porque el primer párrafo semeja una acotación

²¹ Gabriel Miró, *Libro de Sigüenza*, Buenos Aires, Losada, 1969, pág. 9.

²² María Martínez del Portal, «Monólogo de un opositor», *Narradores Yeclanos*, cit., pág. 78.

que nos describe un escenario: una habitación grande, cuadrada, con una chimenea, donde arden leños, un reloj que marca las seis de la tarde y un balcón que asoma a la calle. El resto es diálogo. Diálogo sobre la vida, sobre el inexorable paso del tiempo, sobre las alegrías y los pesares que, en su conversar, van entretejiendo los ancianos a la espera de que la Virgen pase por su puerta. El cuento, que comienza de forma estática, termina de similar manera, componiendo algo así como una fotografía añeja: «Y las dos figuras, ya en el balcón, inclinadas, quedan inmóviles. E inmóviles se recortan sobre el cielo ya ennegrecido, sobre el resplandor de luces que llena la calle»²³.

En el otro cuento, *Una calle en vísperas de fiesta*, predomina el costumbrismo, con pocas pero acertadas notas existencialistas y sociales. Según indica el título, nos presenta una calle y unas cuantas figuras que la habitan. La calle bien podría ser la de la Reina Isabel la Católica, de Yecla –tan immortalizada en cuadros e instantáneas–, porque, «al final de la calleja, el viejo campanario de la iglesia Vieja resalta sobre el cielo muy azul». Y las figuras son un anciano enlutado, unos niños que juegan, dos hombres en amena charla, unas viejas que no hacen nada (pero que piensan que «las fiestas que ahora se estilan son peores que las de antes»). Finalmente, aparecen unas mujeres encalando sus fachadas, acompañadas de una niña que –con la inocencia de sus pocos años– pregunta si ella podrá ser algún día paje de la Virgen; ante lo que la madre, con cierto deje de amargura, responde: «Hija, hijita nosotros los pobres... ¡Ay Señor! »²⁴.

A partir de aquí, las colaboraciones de María Martínez del Portal en los *Programas* desaparecen, las echamos de menos. Se abre un hondo silencio en el que cabe imaginar a la escritora metida en otros menesteres, sobre todo en el terreno de la crítica literaria. De 1979 data *Un antiguo mayordomo*, buen ejemplo de la importancia del contexto a la hora de entender, en estos escritos, palabras y expresiones como *mayordomo*, *bandera de la Virgen*, *tirador*, *ordenanzas*, *arcas cerrás*. Nos encontramos con un cuento ante el cual un determinado lector (no cualquier lector) ha de entender que este mayordomo de la Virgen es uno en concreto: que vivió en Yecla, que fue notario, que enviudó pronto, que se fue a vivir lejos, que sufrió, como tantos otros españoles, guerra y posguerra. Que compuso, además, un hermoso himno a la Virgen del Castillo, patrona de Yecla, que él oye cantar a sus paisanos cuando, tras la procesión, la imagen entra en el templo y del que se citan tan solo un par de versos: «tu luz es faro y es guía / del que retorna a su hogar»²⁵. En definitiva, el lector debe *adivinar* que ese antiguo mayordomo tan cariñosamente evoca-

²³ María Martínez del Portal, «Esperando la procesión», *Programa de las Fiestas de la Virgen*, Yecla, 1960.

²⁴ María Martínez del Portal, «Una calle en vísperas de fiesta», *Programa de las Fiestas de la Virgen*, Yecla, 1962.

²⁵ María Martínez del Portal, «Un antiguo mayordomo», *Programa de las Fiestas de la Virgen*, Yecla, 1979.

do, del que se nos dan pocas pero indudables pistas, no es otro que José Martínez del Portal, el abuelo de la autora.

En vísperas de unas lejanas fiestas apareció publicado en el *Programa de las Fiestas de la Virgen*, en el año 1984, recogiénose luego en el estudio *Las fiestas de la Virgen a través de los programas*²⁶. Nos sitúa en una entrañable escena, donde una niña, sentada en la antipática sala de estudio del antiguo colegio, está deseando que empiecen las fiestas de la Virgen. A tan sencilla estampa, se superponen recuerdos fragmentarios que nos dicen cómo pudo ser la posguerra en el bando de los vencidos. Por su temática y algunos elementos narratológicos, *En vísperas...* podría considerarse en cierto modo el germen de *Emilio, niño triste*. Además, oscilando entre la narración y el poema en prosa, el texto se estructura en tres párrafos que equivaldrían a tres bien medidas estrofas, con un claro arranque anafórico: «Esta niña, la que finge que estudia y no estudia...». Y dos espacios distintos en el tiempo evocado: el de la niña sentada en el pupitre de un colegio y, entre paréntesis, conversaciones familiares, apenas esbozadas, que son como runrunes que llegan a oídos de esta perspicaz niña: «Mamá, ¿qué es ser rojo? Es que dicen que papá...». Lirismo y memoria, frases que se quedaron suspendidas en el aire, como esos desenlaces de la narrativa azoriniana que tantas veces estudió su autora²⁷.

Casi lo mismo cabría afirmar del relato –o microrrelato– *Estos terribles momentos que anteceden...*, que fue publicado en 1988²⁸, dentro del número cinco la revista *Montearabí*, en un cuadernillo destinado a conmemorar el XXV aniversario del instituto «J. Martínez Ruiz (Azorín)» de Yecla. En él, aparece un desdoblamiento curioso, porque quien firma es Águeda Yuste, mientras que el nombre de la autora aparece en la dedicatoria: «A María Martínez del Portal, siempre ilocalizable, con quien compartí ceros en Matemáticas». Podríamos hablar de heterónimos, de juego de espejos, pero la realidad es más simple. Al fin y al cabo, Águeda Yuste es un antepasado de María Martínez del Portal y, como tal, Águeda era uno de sus nombres. La narradora, ya adulta, recupera un triste episodio de la infancia, de su época de estudiante; el uso de la segunda persona significa que el yo adulto se dirige al yo niño, de forma similar a como lo hiciera Azorín en un bello cuento de 1941, «El otro y el mismo» (que sirvió de prólogo a la antología *Visión de España* de la profesora argentina Erly Danieri). Dado el lugar donde fue publicado *Estos terribles momentos que anteceden...*, el cuento recupera las amargas vivencias de una niña

²⁶ María Martínez del Portal, «En vísperas de unas lejanas fiestas», *Programa de las Fiestas de la Virgen*, Yecla, 1984; reproducido de nuevo en *Las fiestas de la Virgen a través de los programas*, ed. María Martínez del Portal, Yecla, Ateneo Literario, 1987, págs. 33-34.

²⁷ Véase María Martínez del Portal, «Lo inacabado en los desenlaces de la cuentística de José Martínez Ruiz», *Ínsula*, núm. 556, abril de 1993, págs. 18-19. Asimismo, «Sobre un aspecto de las novelas de Azorín: los desenlaces», *Anales Azorinianos*, núm. 5, Alicante, 1997, págs. 185-195.

²⁸ María Martínez del Portal, «Estos terribles minutos que anteceden...»; cuadernillo «Nuestro Instituto», *Montearabí*, núm. 5, Yecla, 1988, pág. 5.

frente a un terrible profesor de Matemáticas, capaz de humillar a una alumna, esa niña, según nos dice la autora, «apartadiza, triste y solitaria que siempre fuiste». Como la Társila de *Me acuerdo*, como la de *Emilio, niño triste*, observamos que el heterónimo ha dejado paso a María, o lo que es lo mismo: que el personaje ha cedido su lugar a la autora²⁹.

Al final, lo vivido le irá ganando cada vez más terreno a la ficción. Casi ocupará su espacio por completo. Prueba de ello es *Con la memoria recorro...* Se publicó este cuento en 1990, pero su escritura es anterior³⁰. Si la memoria no me falla, fue escrito hacia 1989, presentándose al concurso literario que anualmente organiza la Asociación de Mayordomos de la Purísima Concepción, aunque no resultó premiado³¹. Pienso que pudo ser sobre esa fecha, porque el cuento trata de la fundación de la iglesia del Niño de Yecla, cuyo centenario (1888-1988) se conmemoraba por aquel entonces. El cuento recupera una de tantas tardes de la niñez, en las que la autora acudía a visitar a su abuela materna. Allí, en un ambiente doméstico, acogedor, las preocupaciones de los estudios de esa niña encuentran momentáneo consuelo en el repaso que la anciana va haciendo a unas viejas fotografías. Surgen así esos personajes de la historia de Yecla, que erigieron una iglesia, que fundaron un asilo de huérfanos. La niña protagonista, tan parecida a las otras niñas que hemos ido viendo en otros cuentos, recupera aquí su nombre real: («¿Has venido ya, María?» —dice la voz de la abuela)—. Nos da la impresión de que, al final, el mundo de los recuerdos, con esa dosis de verdad que este conlleva, le ganó la partida al siempre desvirtuado mundo de la ficción.

En definitiva, María Martínez del Portal cultivó con entusiasmo, a lo largo de los años, la crítica literaria, obteniendo por ello un gran reconocimiento. Faltaba estudiar, creo yo, esta faceta suya menos conocida, que son sus cuentos. Estos componen un corpus reducido, si se quiere, pero contra ello cabe oponer la alta calidad literaria de los mismos. Releerlos es entrar en contacto, otra vez, con dos etapas decisivas de la historia de nuestra literatura, las décadas de los 60 y de los 80 del siglo XX. Dos etapas distantes entre sí, en las cuales Martínez del Portal supo estar en sintonía con las voces de aquellos escritores que, con toda razón, fueron llamados *los niños de la guerra*. Su relectura supone, además, encontrarnos con unos

²⁹ Se trata, además, de un texto en clave, porque, en efecto, en 1988 se conmemoró el XXV aniversario del instituto «J. Martínez Ruiz (Azorín)» y con tal motivo se publicó el libro *Instituto de Bachillerato «J. Martínez Ruiz (Azorín)». 1963-1988*. En dicho libro, donde colaboraron, entre otros, profesores y antiguos alumnos, se echan en falta ciertas firmas, porque, según los organizadores, estaban *ilocalizables*. Incomprendiblemente, entre esos colaboradores no aparece María Martínez del Portal.

³⁰ María Martínez del Portal, «Con la memoria recorro ...», *Montearabí*, núm.10, Yecla, 1990, págs. 51-52.

³¹ Resultaron ganadores del Certamen fiestas de la Virgen, en aquel año, Vicente Carpena Gil, en la modalidad de prosa, y en la de verso Jaime Piqueras Valls.

cuentos donde, como en los mejores ejemplos del género, aparecen aunados memoria, poeticidad y nostalgia, asomando, por momentos, aquella mirada inteligente y sensible, a menudo cargada de fina ironía, que siempre caracterizó a su autora.

BIBLIOGRAFÍA

CUENTOS DE MARÍA MARTÍNEZ DEL PORTAL

- 1960a: «Y después, nada», *Monteagudo*, núm. 30, Murcia, págs. 18-28
- 1960b: «La trilladora», *Monteagudo*, núm.32, Murcia, págs. 28-30; se reproduce de nuevo en *Antología de cuentos de Monteagudo*, ed. de Francisco Javier Díez de Revenga, Murcia, Universidad de Murcia, 1994, págs. 131-133.
- 1960c: «Esperando la procesión», *Programa de las Fiestas de la Virgen*, Yecla.
- 1961: «Me acuerdo», en 1960-1996: *Premios Gabriel Miró*, Murcia, CAM, 1996, págs. 50-54.
- 1962: «Una calle en vísperas de fiesta», *Programa de las Fiestas de la Virgen*, Yecla.
- 1979: «Un antiguo mayordomo», *Programa de las Fiestas de la Virgen*, Yecla.
- 1986: «Emilio, niño triste», *Montearabí*, núm. 1, Yecla, págs. 63-66.
- 1984: «En vísperas de unas lejanas fiestas», *Programa de las Fiestas de la Virgen*, Yecla; en *Las fiestas de la Virgen a través de los programas*, edición de María Martínez del Portal, Yecla, Ateneo Literario, 1987, págs. 33-34.
- 1988a: «Monólogo de un opositor», *Narradores yeclanos*, Yecla, Ateneo Literario, págs. 78-84.
- 1988b: «Estos terribles minutos que anteceden...»; cuadernillo «Nuestro Instituto», *Montearabí*, núm. 5, Yecla, pág. 5.
- 1990: «Con la memoria recorro...»; *Montearabí*, núm. 10, Yecla, págs. 51-52.